

LA INDEPENDENCIA ANTILLANA Y EL EQUILIBRIO DE AMÉRICA Y EL MUNDO

Pedro Pablo Rodríguez

I

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo.¹

Esta conocida frase procede del Manifiesto de Montecristi, el escrito firmado por el delegado del Partido Revolucionario Cubano y el general en jefe del Ejército Libertador, José Martí y Máximo Gómez, el 25 de marzo de 1895 —un mes después del estallido de la Guerra de Independencia—, con el fin de explicar las razones y propósitos de aquel conflicto.

A pesar de tratarse indiscutiblemente de un documento programático, la idea de que la independencia de Cuba y de Puerto Rico tenía el objetivo de contribuir al equilibrio del mundo, durante mucho tiempo fue asunto dejado a un lado —y con probabilidad hasta francamente inadvertido— en los estudios en torno al pensamiento político de José Martí. Quizás esta idea del equilibrio del mundo queda en el Manifiesto algo sumergida ante el enjundioso análisis dedicado a debatir tanto las dudas y vacilaciones dentro de algunos cubanos aún irresolutos, como la campaña colonialista, que presentaba entonces la lucha amada por la independencia como un asunto de caudillos, como guerra de razas y como algo encaminado a eliminar a los nativos de España residentes en la Isla. Pero para quienes revisan los textos de Martí, sobre todo a partir de 1889, salta a la vista con cierta frecuencia la referencia al asunto. Ese pasar inadvertido, ese olvido se relaciona con toda probabilidad con un tipo de lectura predominante durante mucho tiempo, desinteresada en evaluar el profundo y consciente alcance universal de la obra martiana.

Sin embargo, desde hace algunos años —según ha ido avanzando la comprensión de que el Maestro produjo un verdadero sistema de ideas, y de que este guarda una íntima relación con las principales líneas históricas que se apreciaban en su época—, los estudiosos de su obra han ido comprendiendo que la idea del equilibrio del mundo no fue en modo alguno una frase suelta al paso en sus textos.²

La búsqueda continúa y sistematizada en sus *Obras Completas*, el creciente interés en asumir el estudio cronológico de su pensamiento, y el deseo de asir la lógica interna de su cogitar, son factores que han contribuido, por un lado, a constatar la presencia de esa idea en varios de sus textos, y por otro lado, a considerar que ella es punto esencial dentro

de la estrategia revolucionaria martiana y todo un concepto muy propio de su pensamiento político.

Este centenario del 98 —como se ha dado en llamar al proceso abierto por la injerencia de Estados Unidos en la Guerra de Independencia— parece entonces un momento propicio para examinar —al menos someramente— qué se planteó Martí con tal idea, cuál fue su alcance, qué lugar ocupó dentro de su estrategia y cuáles fueron sus fuentes histórico-sociales para llegar a su formulación. Todo ello nos permitirá valorar más acertadamente el sentido de la obra martiana, y su carácter previsor o, mejor, anticipador y contrapuesto al proceso histórico desatado finalmente con los acontecimientos de 1898.

II

Es indudable que el otoño de 1889 fue el momento que abrió el pensamiento martiano hacia la explicitación de la idea del equilibrio.³ Comenzaba entonces la Conferencia Internacional Americana de Washington, suceso que —como se ha repetido numerosas veces— indicó por las claras a Martí que sus previsiones de mucho antes⁴ empezaban a cumplirse: Estados Unidos convocaba a los países de América Latina a establecer sólidos lazos con el vecino del Norte, de manera que este pudiera ampliar sus mercados consumidores y garantizase ciertas materias primas, tratando de hacer de la región coto de su exclusividad y, en consecuencia, alejando a sus rivales europeos.

Que Martí entendiera así la razón de la convocatoria estadounidense no es prueba suficiente de su extraordinaria capacidad de análisis ni de su brillantez como político y estadista. Las cancillerías europeas —tanto las de las potencias ya con intereses en Latinoamérica como las demás— valoraron el asunto en iguales términos, como exactamente sucedió con más de uno de los mismos gobiernos de nuestra América. Y de forma similar fue apreciado por la prensa y los más diversos analistas de la época; como incluso el propio Martí se encargó de señalar en sus crónicas durante la Conferencia, al ofrecer con frecuencia las declaraciones y puntos de vista expresados descarnadamente en esa dirección dentro de los mismos Estados Unidos.

Lo singular —y lo relevante— en Martí se halla en su óptica desde y en favor de los pueblos latinoamericanos y en su convicción, desde entonces, de que era imprescindible acelerar la independencia de las Antillas españolas para así asegurar la continental. Por consiguiente, más que por captar el fondo de los sucesos, el pensamiento del cubano se destaca por su planteo estratégico para impedir la materialización de los objetivos expansionistas y dominadores de Estados Unidos.

Él mismo explicó con lenguaje claro y directo las pretensiones estadounidenses, en la muchas veces citada idea que escribió en una de sus primeras crónicas acerca de la Conferencia.

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones america-

nas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo.⁵

Y, para no dejar dudas acerca de su combativo rechazo a semejantes propósitos, cierra este párrafo del modo siguiente:

De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.⁶

III

Pero todo lo ocurrido durante 1889-1890 en el pensamiento de Martí sólo es comprensible si atendemos a dónde había llegado hasta aquel año en su entendimiento de las características de su tiempo y del futuro inmediato.

El 24 de enero de 1880 Martí pronunció uno de sus discursos fundadores. En los campos de Cuba se peleaba nuevamente desde medio año atrás, y él había sido uno de los conspiradores principales dentro de la Isla para impulsar ese esfuerzo, hasta que fue detenido y deportado por segunda vez a la metrópoli. De la Península escapó hacia Nueva York, para incorporarse al Comité Revolucionario que en aquella ciudad dirigía el nuevo movimiento patriótico. Conocido como la Lectura de Steck Hall, este fue su texto de presentación ante los emigrados y sus dirigencias, de la que desde entonces formó parte.

El párrafo que plantea la tesis central resulta el antecedente más remoto hallado en sus escritos que nos sitúa en el camino de la elaboración de su concepto del equilibrio del mundo. Martí sostiene su idea de que la revolución que tenía lugar en Cuba no era sólo resultado de la cólera sino también de la reflexión, aspecto este que lo llevaba a fijar su atención en el porvenir económico de la Isla, dado que el canal de Panamá —cuya construcción comenzaba por entonces— abriría perspectivas a Cuba en el comercio internacional. Obsérvese en la cita a continuación, la cercanía de su lenguaje en 1880 a las frases del Manifiesto de Montecristi con que se inició este trabajo.

Y en este instante en que los mares amenazan de uno y otro lado del Continente salirse de quicio, para llevar sobre su espalda corva y móvil a los pueblos amarillos la artística riqueza de los pueblos blancos; en este punto de la historia humana en que, por faena que pasma, parece que la tierra se va abriendo a una era de comunión y de mayor ventura, estamos en gravísimo riesgo los cubanos de perder para siempre el más cómodo, sencillo y provechoso medio de levantar la maltratada patria a inesperada altura de fuerza y opulencia.⁷

En sus palabras es obvia la alusión a los trajines canaleros y a sus consecuencias para el comercio y la navegación. La idea acerca del renovado papel que tocaba desempeñar a Cuba dentro del tráfico mundial, estará presente también un año después en su discurso pronunciado en el Club de Comercio de Caracas, texto en el que describe a la Isla como un navío, evidentemente para reforzar así su sentido de intermediaria en las rutas comerciales.

¡Véola ya cargado el seno de los híbleos frutos del pueblo colombiano, ir a cambiarlos por las serenas ciencias y afanosas industrias del pueblo de Japhet, y adelantar por sobre el agua blanda, con indígena gracia al encuentro de los hombres de tierras oscuras (fatigadas) que vienen a nosotros enamorados del ardiente sol! Y véola ya, en aquella zona que parece por mano superior aderezada para celebrar la fiesta de los pueblos, como sondeando espiritualmente la tierra sobre el puente pintoresco, colgado de plátanos, salpicado de naranjos, alfombrado de flores, la comunión colosal (portentosa) venidera, en el seno de la Naturaleza rejuvenecida de las civilizaciones (pueblos) más viejas y probadas en la historia radiante de los hombres:—¡Inmenso y grave beso de los mundos; ciclópe tálamo de donde surgirá al fin (ha de surgir), asombrosa como hija de Cíclopes, gloria definitiva de esta tierra (la verdadera y definitiva gloria americana)!⁸

En ambos textos citados se aprecia que Martí explícitamente ve a Cuba como puente mercantil entre América y Europa,⁹ y que esa relación sería altamente beneficiosa tanto para Cuba como para el resto del Continente.

Esta visión sin dudas amable de su época, sin embargo, cedió su lugar casi de inmediato al criterio de que el tiempo de cambios que se vivía, era de “reenquiciamiento y remolde”, y por tanto aún de futuro incierto e impreciso,¹⁰ aunque Martí admitía que se daban posibilidades para la liberación política y espiritual del hombre —y de los pueblos—, a pesar de que la búsqueda de lo material —la metalificación, como él decía desde su adolescencia conceptuosa— hacía presa en la modernidad, especialmente en Estados Unidos, y ponía en peligro esa opción liberadora.¹¹

Luego, desde entonces —inicios de los ochenta—, el mundo se hallaba en un desequilibrio que Martí no fijaba en la geopolítica:¹² aquel orbe era inestable, sin rumbo plenamente definido aún, porque para Martí se trataba de una época nueva, todavía sin cuajar.

IV

Centrándome en la dimensión geopolítica en esta ocasión, es evidente que esta se fue afirmando en el revolucionario cubano durante el decursar de los años 80 del siglo pasado.

Desde la perspectiva actual, tras la Guerra franco-prusiana y el ascenso de la Alemania unificada a potencia mundial e imperialismo de nacimiento acelerado, se produjo durante aquel decenio un relativo equilibrio entre las potencias europeas: en el Viejo Continente estas se dedicaron a despojar a la débil Turquía, mientras se ampliaba el mundo colonial por las inmensidades de África, Asia y Oceanía. La propia firma del acuerdo de Berlín para repartirse prácticamente la totalidad del continente africano; el desbordamiento por el Cercano Oriente, las penínsulas malaya e indochina y los archipiélagos del Pacífico; y la confluencia hasta armada para arrancar jirones del antiguo Imperio chino, muestran la capacidad de los estados más poderosos de entonces para conveniar aquel reparto del mundo sin entrarse a cañonazos entre ellos. Se trataba de que aún había suficiente espacio relativamente libre para ser ocupado, aunque al final Alemania e Italia

quedaran con muchas menos posesiones que Inglaterra y Francia, mientras Rusia se expandía por el Asia Central sin rivalidad fuerte.

Mientras tanto, sin mucho ruido, Estados Unidos renovaba su atención hacia zonas de su tradicional interés como México, Canadá, la América Central y las Antillas — en lo que destacaba su marcado interés por el canal interoceánico—, y dirigía sus navíos comerciales y de guerra hacia el área del Pacífico, especialmente hacia el reino de Hawai, finalmente anexado en 1898, y las islas Samoa, que terminaría compartiendo con Alemania.

Se trata, pues, que los años 80 fueron de un relativo equilibrio geopolítico entre los grandes —que continuaron su crecimiento territorial y su desarrollo hacia nuevas etapas del capitalismo— y de un enorme desequilibrio para los pequeños y débiles.

Martí siguió de cerca en sus escritos periodísticos de aquel decenio tal vasto movimiento de hombres, medios e intereses, aquella especie de globalización que conducía aceleradamente a la formación de un verdadero mercado mundial abarcador de todo el planeta. Está claro que el grueso de sus textos —y por tanto de sus observaciones y análisis— se refieren a Estados Unidos, país al que dedicaba las crónicas solicitadas por los periódicos en que colaboraba. Así brindó un cuidadoso y puntual seguimiento de las declaraciones y acciones concretas expansivas de esa nación, a la vez que alertaba a sus lectores de Hispanoamérica en el sentido de que no se trataba de hechos fortuitos sino de una política que se iba diseñando y haciendo práctica de manera acelerada, en virtud de los requerimientos de mercados consumidores y abastecedores de la industria estadounidense que ya abarrotaba a su propio mercado nacional, y se veía impedida de competir en sus propios terrenos geográficos con las naciones industrializadas europeas.

Por eso, durante aquellos años sus textos alertaban ante las provocaciones desde Texas donde se deseaba anexar varios estados del norte de México; y denunciaban el continuado interés anexionista hacia la República Dominicana o, al menos, hacia la península de Samaná; la injerencia en la guerra civil haitiana para apropiarse de la península de San Nicolás; las sostenidas ambiciones y la ola anexionista hacia Canadá; y los intentos de comprar Cuba a España.

Pero al cubano tampoco escaparon —no podía dejar de hacerlo quien, como él, tuvo una marcada vocación ecuménica y una ética de servicio universal desde la óptica de los oprimidos del orbe— las acciones dominadoras europeas en otros continentes. De esa manera se refirió adversamente lo mismo al control británico sobre Sudán y la India, que a la conquista francesa de Annam, que a los despojos y humillaciones a China, y en más de una ocasión habló con admirado respeto del árabe fiero que a caballo, con el cuchillo entre los dientes, moría por su libertad y su cultura islámica.

La frecuencia y sistematicidad de tales análisis indican por las claras que Martí tuvo una perfecta conciencia acerca del desequilibrio entre pueblos y naciones dominadas y dominadoras que caracterizaba los años de su madurez intelectual y política. Y dado que para él Cuba y América Latina —tanto en su presente como en su porvenir— constituían el propósito central de su pensamiento y de sus actos, no se limitó simplemente a tratar de

entender y de explicar qué estaba sucediendo en el mundo sino, sobre todo, a organizar cómo prevenir los efectos negativos de tales acontecimientos hacia Cuba y el Continente, región a la que pronto asignó un papel decisivo para el futuro de la humanidad.

Así, en medio de la Conferencia Internacional Americana de Washington escribió en una de sus crónicas, el 2 de noviembre de 1889, que aquella reunión permitiría saber quiénes defendían “la independencia de la América española, donde está el equilibrio del mundo”.¹³ Y reafirmó la idea mes y medio después, el 19 de diciembre del mismo año, en su discurso “Madre América”, cuando preguntaba a sus oyentes —por cierto, los representantes de Iberoamérica ante aquel cónclave continental— lo que sigue: “...¿preferiría [la América Latina] a `su porvenir`, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobos ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo [...] o salir por el mundo de limosnera a que le dejen caer en el plato la riqueza terrible?”¹⁴

De estas citas cabe apuntar dos elementos: primero, es patente que América Latina tenía ya para Martí ese rol de equilibrio nivelador del mundo, y, en segundo lugar, para él la pretensión hegemónica de Estados Unidos hacia el Continente no sólo hacía peligrar la soberanía de nuestros pueblos, sino que, además, impedía que estos desempeñaran precisamente aquel rol mundial.

Aunque él no lo explicita, creo resulta evidente que de acuerdo al panorama geopolítico de aquellos tiempos —cuando África, Asia y las islas del Pacífico eran sometidas a la dominación colonial directa—, no es descabellado que el revolucionario cubano estimara que a las naciones de Iberoamérica correspondía desempeñar tal papel nivelador, ya que se trataban de estados constituidos desde la tercera década del siglo mayoritariamente, y cuyo advenimiento y existencia como repúblicas había transcurrido por casi setenta años en medio de las contradicciones de las potencias europeas. De algún modo la historia independiente de América Latina —y Martí demuestra en más de uno de sus escritos haberla estudiado a fondo— había sido la del juego de equilibrios entre los países poderosos, por lo que resultaba lógico que la emergencia de Estados Unidos le pareciera que inclinaba hacia un lado esa balanza.

De todos modos, por aquellos mismo días en que comenzaba la Conferencia de Washington, en carta privada al patriota Serafín Bello le explicaba su preocupación, tanto por el entusiasmo que levantaba el encuentro entre los emigrados de Nueva York, creídos de que traería resultados beneficiosos para Cuba, como por la mayoría, a su juicio, de los gobiernos latinoamericanos dispuestos a ayudar que Estados Unidos se apoderase de la Isla, sin comprender que en ello les iba “su tranquilidad y acaso lo real de su independencia”, si consentían en que “la llave de la otra América” quedase en esas manos extrañas.¹⁵

Apréciase, pues, cómo en el mismo momento Martí entendía que el Continente debería desempeñar un rol nivelador en el mundo, y que Cuba era, a su vez, punto tan decisivo para el control de la región, que acude a una metáfora tan directa y explícita como la de la llave, obvio recuerdo además de la antigua frase emblemática que calificaba a La Habana y por extensión a la Isla como la Llave del Nuevo Mundo.

Por eso, me parece perfectamente congruente con este desarrollo anterior de la idea que insistiera más de una vez en el estratégico papel que le tocaba a las Antillas

españolas para llegar a ese equilibrio del mundo cuando, a partir de 1892, se entró de lleno a reunir a los patriotas cubanos para organizar la Guerra de Independencia de Cuba.¹⁶ Ha de considerarse que él mismo había advertido poco tiempo antes que se hacía difícil a Estados Unidos su expansión por Tierra Firme.¹⁷ Desde entonces se reitera en sus textos que serían las islas antillanas aún en manos españolas las encargadas de cumplimentar lo que antes había asignado a toda la región o, al menos, que con su independencia ellas abrirían un proceso equilibrador en el propio Continente entre el Norte y el Sur, lo cual facilitaría posteriormente a la América Latina toda contribuir al equilibrio del mundo.

Con toda probabilidad —si nos atenemos a sus escritos de esos momentos—, más de una razón lo condujo a esta precisión que delimitaba geográficamente el fiel de la balanza mundial. Apunto las más importantes, ya que no puedo someterlas a análisis en esta ocasión.

a. Como dijo en 1890 en su ensayo cenital “Nuestra América”, en las repúblicas de América Latina había continuado perviviendo la colonia, lo cual las debilitaba internamente frente a la injerencia estadounidense, en marcha declarada desde la Conferencia Panamericana, a la vez que impedía su acción unida.

b. Cuba y Puerto Rico llegarían, desde la propia preparación de la contienda independentista, a constituir una república “moral”, nueva, de mayoría popular, de equilibrio social mediante la paz, el trabajo y los derechos para todos los sectores populares marginados tradicionalmente durante la colonia. Así se crearían bases sólidas para una acción unitaria antillana y latinoamericana.

c. En sus referencias geopolíticas posteriores a 1890-91, Martí hizo evidente su estimativa de que Estados Unidos privilegiaba su atención hacia las Antillas españolas como camino hacia el resto del Continente.¹⁸ Con toda probabilidad influyeron en su criterio la evidente búsqueda de las Antillas españolas por el país del Norte como zonas abastecedoras de azúcar crudo para sus refinerías del Este —en particular Cuba, como lo demostraría la imposición a España del Tratado de Reciprocidad Comercial en 1893, impulsado por la misma burguesía azucarera de la Isla—, y el avance de los trabajos canaleros en Panamá cuyo fin ya podía avizorarse a mediano plazo, ruta que exigía el control naval del Mar Caribe, dada su importancia para la economía y la seguridad estadounidense.

d. Las relaciones internacionales iban demostrando que las potencias europeas, en particular la Gran Bretaña —todavía el mayor poder naval—, priorizaban su control y expansión en otros continentes y aun en la América del Sur frente a Centroamérica y las Antillas, las que resultaban áreas relativamente marginales dentro de su política mundial, y en las que se trataba de mantener el *status quo* (débiles y pequeñas repúblicas, y colonias insulares en manos de una vieja potencia debilitada como España), lo que, sin embargo, al mismo tiempo facilitó históricamente la implantación de la hegemonía estadounidense. No obstante, Martí estimaba que, de materializarse esa hegemonía estadounidense, levantaría en su contra a las potencias europeas a pesar de su desinterés relativo por el área, probablemente pensando él que para estas sería una amenaza inadmisibile el control exclusivo del canal por el país del Norte. Tal es lo que se desprende del contexto en que escribió en 1893, en “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, lo que sigue: “En

el fiel de América están las Antillas, que serían si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder...”¹⁹

Luego Cuba y Puerto Rico libres serían la clave también del equilibrio, en primer término, del propio continente americano, en desequilibrio acelerado ante el veloz hegemonismo estadounidense y la debilidad o incapacidad de resistencia y unidad latinoamericana.²⁰

V

No puedo dejar de mencionar un último elemento de análisis. La idea del equilibrio tiene también una dimensión nacional, interna, para la república por instaurar en Cuba. Un texto capital como “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”²¹ fundamenta en profundidad cómo el equilibrio social, por un lado, garantizaría la fortaleza de una república de unidad que habría de cumplir su deber equilibrador con América y el mundo, y, por otro lado, tal equilibrio social sólo sería alcanzable si se cumplía con la justicia social elemental que afectara los desbalances que polarizaban a la sociedad colonial insular.

Por tanto, el equilibrio social interno de la república por fundar en Cuba —y en Puerto Rico— iba dirigido al mismo tiempo contra los desequilibrios del país y contra los que para Martí preñaban de incertidumbres aquel fin de siglo.

VI

En conclusión, la independencia antillana con el fin de contribuir decididamente al equilibrio de ambas secciones de América y del mundo es, al mismo tiempo, propósito final de la estrategia político-revolucionaria de José Martí y aspecto clave de ella. Su talento de estadista, su proyección ecuménica de revolucionario humanista le hicieron laborar arduamente y hasta entregar su vida en combate para hacer realidad su propósito: “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.²²